

# “El poeta de Salahua”

## Cuento del Bicho Gardo.

Rodrigo pudo verlo de reojo, esperaba un taxi en el cruce de las Hadas, en el bello puerto de Manzanillo. Hábilmente de un volantazo, el periodista se orilló a la banqueta, frenando con un ligero chirrido de llantas. El peatón sobresaltado, no reconoció el vehículo, por lo que intentó alejarse, fue entonces cuando el reportero bajó la ventanilla y con voz fuerte le llamó.

— ¡Poeta! ¿A dónde vas? Te llevo. — Sorprendido se acercó, abrió la puerta y con una sonrisa abordó —. Voy a la central de autobuses, me dirijo a Colima, a la Universidad, ya casi termino mi maestría en letras. Pero regreso a la reunión del taller de literatura, en la cafetería “La Vainilla” de Salahua, por favor recuérdales a todos que no dejen de asistir.

— Oye amigo, ¿es cierto que en este año, tampoco se llevará a cabo la semana de la poesía?, es una tristeza que después de siete años de presentación continua, se deje morir a tan especial evento, a pesar de haber tenido el reconocimiento de categoría nacional.

— Así es la política, y todo porque no quieren invertir unos cuantos pesos.

— Lástima, era un gran esfuerzo de jóvenes por la cultura, que tanto nos falta por acá. Ni modo, ¿qué más se puede hacer? Un gesto de impotencia con las manos, fue la respuesta.

La plática cambió de destino al mencionado taller literario de los lunes por la tarde en “La Vainilla”, donde incluso personas extranjeras se reúnen a expresar sus proyectos poéticos y aquél joven Vate, atinadamente los coordina e instruye, con la presentación de algún verso o cuartilla de un clásico famoso, el cual, posteriormente se analiza y discute. Así, las calles pasaron, pero ése siguió siendo el tema, hasta llegar a la terminal de los autobuses foráneos. Se despidieron de puño cerrado y nuevamente el vehículo retomó su camino.

Un papel doblado por la mitad se había quedado sobre el asiento. Rodrigo lo tomó sin leerlo y lo introdujo en su bolsillo, más tarde vería de qué se trataba.

No pudo contener la curiosidad, se estacionó bajo la sombra del manglar de la laguna y retomó la hoja de papel. Era un poema de uno de los asistentes a ese taller. Reconoció la firma, correspondía a un joven compañero poeta que vive en el barrio de Salahua. Tenía algunas correcciones y notas al margen. Se trataba de un escrito en borrador presentado en el taller.

Concentrándose, comenzó su lectura en voz baja, monótona y aburrida, tal como el eterno Rilke nos enseña que deben leerse los poemas, desde el principio hasta el final sin inflexiones.

Al terminar, dobló el papel en *cuatro*, mientras la mente de Rodrigo abruptamente lo arrastró a través de su imaginación... En un instante, se vio en el interior del poema y las lágrimas de emoción nublaron su vista. Lo estaba sintiendo, lo vivía..., aunque no recordara la letra. Es lo que la poesía produce cuando vale la pena... El sudor perló su frente. La voz se engrosó a punto de quebrarse y la mente gritó... ¡El verso la rechaza! Pero no, no era así, únicamente la retaba a decidirse..., le pedía que lo amara y con mucha pasión la increpaba. No quería perderla. Repetidamente juraba con insistencia, implorando de sus labios, una simple palabra de aceptación, para entonces sin dudar, seguirla a donde fuera. Sí, dejaría su trabajo, a su familia y sus amigos, pero... si por lo contrario ¿ella le pidiera que la olvidara...? Sin pensarlo movió la cabeza de un lado a otro, las manos le temblaron y dos mundos paralelos se abrieron...

— Seguro y sin duda que la dejo ir, de verdad la olvido, aunque yo sufra. A pesar que el sueño persista y mis heridas sangren para siempre. Juro que dejaría todo, absolutamente todo, hasta el mismo paraíso donde vivo...— la voz baja lo traicionó saliendo de su boca sin control, cuando sin querer, volteó a ver la laguna repleta de garzas y a lo lejos la playa sombreada por palmeras, al tiempo que la mente lo llevó hacia su amante..., a sus manos, a su cuerpo, al estar juntos, a las caricias, a soñar..., porque ella ya le había dicho firmemente que lo amaba, pero... no se atreve... a quedarse con él.

La mente con perseverancia replicó. << Entonces... lo mejor será olvidar. Sí, no hay duda... olvidar >>.

Aspiró profundo. Subió el sonido de la radio del auto para terminar con la imaginación y continuar el camino al periódico para laborar. Observó el papel doblado en su mano y lo guardó de nueva cuenta en el bolsillo. Lo entregará mañana temprano al poeta... pero antes, sin duda lo leerá de nuevo, y tal vez en una de tantas, podrá memorizar por completo el poema que con pasión vivió. Aunque ahora sólo recuerde el primero de los versos:

*Sé que no debo pensar en ti, pero tu imagen invade mi mente...*

Fin.